

NUESTRA FUNDACIÓN: PRINCIPIOS Y FINES

OCTAVIO PAZ

Durante la ceremonia en que se declaró constituida formalmente la Fundación que lleva su nombre, Octavio Paz improvisó unas palabras que ya han sido difundidas y comentadas en la prensa. No leyó, en cambio, las páginas que había escrito para la ocasión. Son las que ahora publicamos.

No es difícil expresar la diversidad de los sentimientos que me embargaron cuando el Señor Presidente de la República me anunció que me encargaba de presentar ante ustedes el proyecto de la Fundación Cultural que llevará mi nombre. Nada más difícil que hablar de uno mismo sin transgredir los límites de la vanagloria. Me conmovió que se hubiese pensado que yo era la persona a la que correspondía presentar este proyecto. Una empresa semejante exige muchos dones que yo no poseo, tales como la variedad de los conocimientos, la claridad para expresar las ideas y, en fin, todo lo que en sí mismo constituye en su complejidad un desafío a la sencillez de la exposición directa. Sin embargo, me decidí a aceptar la invitación por venir del Presidente Zedillo, una persona a la que estoy obligado desde hace varios meses en razón del interés que no es exagerado llamar extraordinario que ha mostrado por mi salud. Este interés es además una de las encarnaciones más nobles de la condición humana: la amistad. Y aquí diré de paso que encuentro precisamente en este día la mejor ocasión para expresar en público mi gratitud al Presidente Zedillo. Este sentimiento de gratitud se extiende sin excepción a todos los miembros del Patronato. Sin ellos no hubiera sido posible un proyecto que honra a nuestro país. Junto a los miembros del Patronato debo hacer público mi reconocimiento a todos los que han ayudado en las primeras actividades de nuestro Instituto.

Una empresa como la que nos hemos propuesto exige muchos dones. Por desgracia, en su mayoría, no los poseo; en cambio sí reclamo algo que juzgo mío, aunque sea inmodestia decirlo: el entusiasmo, la fe, la perseverancia.

Tendría unos ocho o diez años cuando escribí mis primeros versos, y después prosa con la misma dedicación. Todos estos trabajos abarcan más de dos mil páginas. No sé cual es su valor literario o intelectual; sé, eso sí, que fueron escritos con fe y en respuesta a un llamado juvenil imperioso y ardiente. Desde los lejanos días de mi adolescencia la Literatura ha sido mi constante compañía, la ventana por la que me asomo al mundo y por la que penetro en raros y felices momentos, su verdad prodigiosa. En suma, la Literatura representa no sólo lo que he querido ser sino la ocupación por la que he sacrificado a todas las otras. No tengo más remedio una vez más que confesarlo: soy escritor y la escritura representa mi vocación verdadera.

Cuando era niño oí una anécdota que me impresionó: le preguntaron a Alejandro si quería ser la espada o la trompeta. Él respondió sin vacilar: la espada. Si a mí me hubiesen preguntado algo parecido habría respondido lo contrario: la trompeta. Quiero decir: la escritura, los signos que proclaman la grandeza y la bondad de los hombres. Fui educado entre los límites más bien severos del estoicismo y el cristianismo. No me enseñaron a venerar a la diosa perra de la fama y a correr con la lengua de fuera detrás del éxito mentiroso. La enseñanza de mis maestros fue muy distinta: saber estrechar la mano de nuestro prójimo incluso, y sobre todo, si fuese la mano de un desconocido. Creo que estas ideas y sentimientos influyeron en mí desde el principio. Por más imperfecta o reprochable que haya sido a veces mi conducta, siempre he visto a los otros con la frente alta y un ademán de reconciliación.

Me he referido a cuestiones de orden moral y estético. Apenas si debo recordar que la Fundación que nos proponemos crear será un instrumento de cultura. Y cuando se habla de cultura se habla de moral y estética: el bien y la belleza son inseparables. México es un país que padece de graves carencias en el campo de la instrucción pública y de allí que nada me parezca más noble que dedicar parte de nuestro tiempo a cubrir estos vacíos morales y estéticos. Multipliquemos la cultura mexicana y ahondemos en ella. Para

hacerlo comencemos con lo más urgente: con nosotros mismos.

La Fundación será un instrumento de conocimiento. Todos sabemos que lo más difícil es conocernos a nosotros mismos. Sin embargo, la Fundación se propone este autoconocimiento y en este sentido es una empresa a un tiempo temeraria e imposible. De ahí que la Fundación posea un atractivo superior: es una invitación al riesgo, a lo que siempre hemos querido y a lo que siempre hemos temido: nuestra propia verdad. Invitación al cultivo de la estética y de la

ciencia literaria, la Fundación nos pide algo más difícil y arduo: acercarnos a nosotros mismos y saber así que el hombre no termina en su yo. Siempre hay un nosotros en cada uno de nosotros. Me sentiría satisfecho si la Fundación lograra realizar, así fuese en mínima parte, estas ideas. El fin del hombre no es el hombre sino algo que está más allá y que no acertamos nunca a llamar con un nombre propio sino con otro que, aunque sea vago, nos define y define a nuestros semejantes: los otros. Estamos aquí sobre esta tierra con los otros y por los otros. <

PALABRAS EN FORMA DE TOLVANERA

A José Emilio Pacheco

Abro la ventana
que da
a ninguna parte
La ventana
que se abre hacia dentro
El viento
levanta
instantáneas livianas
torres de polvo giratorio
Son
más altas que esta casa
Cabén
en esta hoja
Caen y se levantan
Antes que digan
algo
al doblar la hoja
se dispersan
Torbellinos de ecos
aspirados inspirados
por su propio girar
Ahora se
abren en otro espacio
Dicen
no lo que dijimos
otra cosa siempre otra
la misma cosa siempre
Palabras del poema
no las decimos nunca
El poema nos dice